

San Manuel Bueno Mártir: una aporía espiritual ¿Se puede ser santo sin creer en la vida eterna?

Javier Ciordia Muguerra
Poeta - Ensayista

Resumen

Miguel de Unamuno, en una de sus novelas más sobresalientes, describe el drama de un cura párroco de la región salmantina que parece haber perdido la fe, pero que, por compasión con sus feligreses, continúa obrando de forma convincente como un santo pastor. El autor del ensayo analiza las implicaciones teológicas, filosóficas y existenciales de esta aporía, tanto para el cura como para Unamuno, cuyas vicisitudes vitales y más profundos intereses espirituales tienen finas tangencias con la situación esbozada. A la vez, el autor recrea vívidamente el ambiente y rasgos sobresalientes del carácter unamuniano.

Palabras clave: Ortopraxis, misericordia, convicción jesucristica, actitud agónica, vida eterna

Abstract

Miguel de Unamuno, in one of his leading novels, depicts the drama of a priest who may have lost the faith, but who out of compassion for his pious parishioners, continues to act, convincingly, as a saintly shepherd. The author of this essay analyzes the theological, philosophical and psychological implications of this dilemma, not only for the priest, but also for Unamuno himself, whose existential vicissitudes and deep spiritual concerns have many a tangential angle with this situation. He meanwhile recreates vividly Unamuno's life context.

Key words: Orthopraxis, mercy, *JesusChristly* mentality, agonic attitude, everlasting life

El estudioso de Miguel de Unamuno sabe que éste fue en todo momento un escritor religado al Ser: al de la inmanencia y al de la trascendencia. Y, tanto o más que al Ser, a Cristo. Solía llevar sobre su pecho un crucifijo de metal bastante grueso, tal como lo esculpíó Victorio Macho y tal como lo evidencia dicha escultura que preside el paraninfo de la Universidad de Salamanca en la que él impartió sus lecciones de griego y del latín.

Fue también un lector voracísimo, tanto de autores ortodoxos como heterodoxos, místicos o ateos, y de diversas nacionalidades: españoles, franceses, italianos, alemanes, noruegos, portugueses..., y a todos los leía en sus respectivas lenguas. No fue, pues, sólo un literato; fue, así mismo, un fervoroso y sapientísimo lingüista. Y, por lo uno y por lo otro, un egregio "salmanticense", en el sentido connotativo de lo que significó esta palabra en la ilustre ciudad del Tormes, en los mejores momentos de

su historia (Siglos XVI y XVII). Y ésta, la connotada urbe del saber, la sapiente por antonomasia, tal como se infiere de aquel refrán latino que avisa al que pretende matricularse en ella que no lo haga si carece de las debidas aptitudes, porque “ Lo que la naturaleza no da, Salamanca no lo presta”; ésta digo, detectó con nitidez su latido y su impulso, cuyos ecos resuenan todavía por sus aulas y por sus calles.

Sospecho que Unamuno, filósofo del sentimiento trágico de la vida, arrancó de las calles salmantinas la figura de su obra cimera: la del protagonista de su **San Manuel Bueno Mártir**. Porque, tanto filosófica como teológicamente, esta novela se enmarca en esta juvenil y, simultáneamente, vetusta comunidad española. Unamuno pertenece a Salamanca más, acaso, que el mismo Fray Luis de León, en cuyo mágico volumen de **Los nombres de Cristo** resuena todavía la plácida fluencia del Tormes, río que también identifica y acompaña al Lazarillo. El propio Unamuno declara en una ocasión:

Quienes sigan de algún modo mis escritos conocen esta mi Salamanca mucho mejor que cuantas ciudades haya descrito en ellos. (Balbuena Pratt,1963, 459)

A lo que añade:

Siempre que os hable de mí, de mi España, de cualquier otra cosa, os estoy hablando de ella. (Balbuena Pratt,1963,459)

Y el lector de estas declaraciones se pregunta: ¿no será su **San Manuel** la refundición de alguno de los numerosos clérigos con los que tanto le gustaba a Unamuno conversar y que, a su vez, lo visitaban y se le confiaban? ¿O

será, acaso, una reconfiguración enmascarada del propio autor, del que nos consta que en algún momento de su vida pensó seriamente en hacerse sacerdote? Ninguna de estas dos hipótesis carece de base autobiográfica. Y si se refunden las dos, tampoco.

Lo que todo lector de Unamuno puede observar es que esta obra constituye el compendio de su sentir más obsesivo y arraigado en el momento cumbre de su vida (1933). Se trata, ciertamente, de una recapitulación testamentaria. Y, al par que de esto, de una aporía teológica: la de si se puede ser santo sin creer en la vida eterna. En otras palabras: que Unamuno convierte a su protagonista en paradigma de su propio cristianismo. Trataré de apuntalar estas ideas.

En principio, cabe anotar que **San Manuel Bueno Mártir** es un texto de apenas cincuenta y cinco páginas. Se trata, por tanto, de una novela muy breve. Mas, si como sostiene la paremiología española, “*lo bueno, si breve, dos veces bueno*”, en este caso, la verdad de este aserto se cumple cabalmente, si bien la bondad del texto se halla muy por encima de su brevedad. De hecho, ya Unamuno pronosticó que esta “novelita” habría de ser una de las “más leídas y más gustadas” (Prólogo a la 1ª edición, de 1933). No se equivocó. Han transcurrido desde entonces setenta y cinco años y, según lo reflejan las encuestas de lectura que, de tiempo en tiempo se llevan a cabo en algunas revistas literarias, todavía sigue vigente y vigorosa. Para algunos de sus lectores es una especie de devocionario; otros, sin embargo, la consideran un libro herético. Mas, para el lector, algo avezado a los escritos unamunianos,

representa, sobre todo, la radiografía psicológico-espiritual más fehaciente de su autor. Porque, en el fondo, los personajes de este relato, muy en particular, su protagonista, son francamente intrahistóricos, ensimismados y orientados hacia su mundo interior, es decir, como si vivieran hacia adentro de sí mismos más que hacia fuera, y como si se conectaran con la eternidad más que con el tiempo, y con el ser de las cosas más que con su parecer. Son, más que personajes físicos, conciencias en carne viva. **San Manuel Bueno Mártir** constituye la culminación de un proceso religioso: el que se inició en su autor en la crisis que le sobrecogió en 1897. Es, por lo tanto, la obra que ha tenido la gestación más larga de todas las suyas y, por eso mismo, la más lograda, la que más maduró dentro de él.

San Manuel Bueno Mártir se inserta en la trayectoria bíblica, sofoclea y calderoniana, al tiempo que la reabsorbe y la recicla. Y, en la medida en que su protagonista desea, pero no puede creer en la vida eterna, experimenta su vivir como un suicidio secreto y prolongado. Por eso nos encontramos como epígrafe o paratexto de la narración, es decir, como aclaración premonitoria de la misma, con el pensamiento más radical de San Pablo en su carta a los cristianos de Corinto. En él advierte el apóstol: “Si sólo para esta vida esperamos en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres”. (*1ª Cor. 15, 19*).

Y aquí es donde emerge la primera pregunta que se formula el lector de este polisémico y escalofriante relato: ¿Creía realmente don Manuel, su protagonista, cura párroco de Valverde de Lucerna, a quien el pueblo veneraba y

tenía por santo, y cuyo proceso de canonización había iniciado ya la diócesis, creía, digo, en la inmortalidad del alma y en la vida eterna? Más en concreto: ¿puede considerársele santo a quien pone en tela de juicio el dogma fundamental de la escatología cristiana? ¿Se puede ser santo sin la perspectiva de una recompensa? Esta es, sin duda, la gran aporía de esta novela. El lector sabe que lo que determina la santidad cristiana no es otra cosa, desde el punto de vista de la teología, que la llamada “gracia santificante”, la cual se canaliza, de ordinario, a través de los sacramentos. Pero, ¿no tendrá ésta, la gracia, otras vías de acceso hacia el hombre? Opino que nadie se las puede impedir o limitar a Dios; mas entiendo que, a pesar de lo imponderable de su caso, don Manuel actúa realmente como un santo. Más aún, sospecho que, si procede así es porque en verdad lo es; o, por lo menos, lo quiere ser. En él no se detecta ni un átomo de hipocresía. Si fuese hipócrita, no sufriría con la resignación y con la paciencia con que sufre. Además, si el criterio básico para medir la santidad de una persona se cifra en las obras que ésta realiza en favor del prójimo, tal como se afirma apodícticamente en la carta del apóstol Juan – “El que no ama a su prójimo a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve” (*1 Jn 4, 21*), don Manuel tiene todo a su favor.

Pero, ¿quién es de verdad este don Manuel, a quien el texto califica de “bueno”, de “santo” y de “mártir”? Éste no es otro –repito– que el cura-párroco de Valverde de Lucerna, un pueblo de unos mil habitantes que, a raíz de la muerte de su dirigente espiritual, se propone llevarlo a los altares e inicia el proceso de su canonización. Pero, ¿por qué declararlo santo? La respuesta se

impone: porque todos sus vecinos, tanto a nivel individual como colectivo, lo han experimentado así: como un santo.

Mas, ¿qué peculiaridad entraña este texto para que resulte tan apelativo, tan debatible teológicamente en el sentir de no pocos lectores y tan cuasi-imposible de declararlo ortodoxo ni heterodoxo; o, lo que es igual, ni genuinamente cristiano para unos ni herético para otros?

A mi parecer, esta peculiaridad se cifra, no en la conducta externa del protagonista, que tiene todas las garantías de ser santa, sino en las presuntas o reales deficiencias de su fe. Desde este punto de vista se podría decir que don Manuel presenta dos caras antitéticas: la de lo que realmente es y la de lo que aparenta ser. Por una parte está su acción, que es de genuina ortopraxis; por otra, su fe, que parece no ser plenamente ortodoxa, ya que pone en tela de juicio la realidad de la vida eterna o, por lo menos, cree que no cree en ella. Flaquea, pues, en él el sentido de la trascendencia espiritual, que es, en su caso, el sentido de la escatología, o sea, del más allá de la muerte, a través de la resurrección de los cuerpos y de la inmortalidad del alma, tal como lo promulga y exige la doctrina cristiana. Y si le falta este requisito o, en la medida que le falte, se le puede catalogar de “hereje”, ya que prescinde de uno de los dogmas fundamentales del cristianismo.

Pero, ¿puede declarársele santo a un hereje? Para responder correctamente a esta pregunta hay que tener presente que, cuando se trata de personas, el pueblo no cree, propiamente, en lo que éstas dicen o se dice de ellas, sino en lo que éstas hacen y se puede observar. Y

lo que el pueblo observa consecutivamente en don Manuel es su conducta, sus obras. El pueblo no ve, ignora, desconoce lo más íntimo de su alma y, acaso, ni le importa. El pueblo propende al realismo y sólo da crédito a los hechos. Cree en lo que se manifiesta, en el “epifenómeno”, que diría un kantiano. El pueblo no percibe el “noúmeno”, es decir, la cosa en sí, lo que uno es; percibe, preeminentemente, lo que uno hace. Ahora bien, de lo que una persona hace, el pueblo infiere lo que ella es. Salta del efecto a la causa, cosa que la filosofía considera legítima. En el caso de don Manuel, el pueblo ve la acción benéfica y benévola de su párroco y de ella deduce su santidad, porque “por los frutos se conoce el árbol”. Percibe su testimonio cristiano, pero ignora sus traumas interiores, ya que éstos, al menos en él, no se traslucen. Don Manuel actúa en todo momento como si creyese de verdad y, aunque interiormente es un ser desolado, evita a toda costa manifestar a sus feligreses su desolación. Mas, ¿por qué lo evita? No hay más que una respuesta razonable: por misericordia, por compasión cristiana hacia ellos. Y por eso mismo actúa como actúa: por misericordia, que es, en mi pensar y en mi sentir, la forma suprema de la inteligencia humana. Y por eso, igualmente, predica la religión, a la que concibe como el único fármaco y la sola terapia realmente apropiada para poder soportar las indigencias todas de la vida: las oscuridades, los desquiciamientos, las frustraciones, las trampas... Si el pueblo -piensa don Manuel- no creyera, le resultaría insoportable su vivir y se impondría sobre él el suicidio psicológico, tal como él lo vive personalmente.

Y es que don Manuel, sea por su temperamento, sea por su experiencia, se inscribe, filosóficamente, en esa corriente del pensar y del sentir que sostiene que la vida no es un bien, sino un delito: el de haber nacido, tesis que se formuló ya, dentro de la Biblia, en el **Libro de Job**; y que, pasando por la Grecia clásica, muy en particular por el **Edipo** de Sófocles, llegó hasta la España del barroco (s. XVII), donde la dramatizó, de forma enfática, don Pedro Calderón de la Barca, en su obra más importante: **La vida es sueño**.

San Manuel Bueno Mártir, como heredero nato de esta tradición, se convierte en el texto más pesimista quizá, sobre el sentido del vivir humano. Un texto, sin embargo, que no carece de valores; antes bien, aporta espléndidas lecciones de altruismo y de sentido humanitario. Basta, para detectar estos valores de abnegación y de otredad, observar atentamente a su protagonista. Porque don Manuel es a todas luces un espiritual y, simultáneamente, un denodado altruista, es decir, una persona marcada por la conciencia y el sentido del otro, de la proximidad y de la beneficencia. Don Manuel imanta con su forma de ser y de existir a todo su Valverde de Lucerna; lo imanta a tal punto que lo transforma en una especie de monasterio, impregnado de esperanza, de paz y de convivencia. Y, al par de esto, de luz. Su Valverde de Lucerna se transforma, por la “levadura” de su acción, y de acuerdo con el nombre del lugar, en un “lucernario”, es decir, en una especie de “lampadario” glorioso.

Dicen los que saben de las cosas de la fe que, entre ésta y el intelecto se producen con frecuencia, sobre todo, en

las personas intelectualmente inquietas, dos clases de movimientos interiores: el de la fe que va en busca de la inteligencia y el de la inteligencia que va en busca de la fe. En el caso de Unamuno, estos dos movimientos se entrecruzan una y otra vez. Por eso su fe, muy en particular en lo que se refiere a la vida eterna, resulta una fe agónica; es decir, de lucha; o, lo que es igual, de un gran desasosiego interior. Una fe, por lo tanto, sometida a las altas presiones de la duda, hasta el punto de que la razón parece aniquilarla. Porque no siempre estas tensiones entre la razón y la fe se acoplan debidamente. El gran matemático y filósofo francés de mediados del siglo XVII, Blas Pascal, lo experimentó muy al vivo. Mas, a vueltas y revueltas de un incesante y recurrente “tirijala” interior, llegó a una tregua maravillosa que formuló así: “El corazón tiene sus razones que la razón no entiende”. Es la frase que mejor compendia esa doble dialéctica del vivir humano, o sea, la de la cabeza y la del corazón; dialéctica que se reproduce en la entraña misma de don Manuel y que hace de este relato, por la ortopraxis de su protagonista, una apología del cristianismo; mientras que por su fe atormentada representa “la noche oscura” de la ortodoxia. Pero, por más que la inteligencia pueda parecer un obstáculo para la fe, no lo es realmente. Y no lo es porque, entre otras razones, la fe no es sólo cuestión de inteligencia o de pensamiento, sino de compromiso también con la vida, así como de sentimiento y de emoción. Y, claro está: de gracia.

Desde otro punto de vista, aunque no ajeno al anterior, cabría señalar que don Manuel, reconfigura igualmente de algún modo, a Cristo.

Reconfigura, muy en particular, al Cristo de la cruz, al que grita su abandono en la “noche oscura” del Calvario. Tanto en éste, como en otros relatos de Unamuno, Cristo es una figura de suma importancia. Lo es a tal punto, que no tengo reparo alguno en otorgarle el título de “cristólogo; el más cristólogo, quizá, de todos los escritores españoles, a la par, acaso, con el autor de **Los nombres de Cristo**, el también “salmantizado” fray Luis de León. Cabe, incluso, añadir que el término “Cristo” es una palabra clave y querenciosa para don Miguel, tanto en su vida privada como en su obra. Pienso que si Dostoiewski llegó a escribir en una de sus cartas que, si se le demostrase que la verdad no estaba en Cristo ni Cristo en la verdad, él preferiría quedarse con Cristo antes que con la verdad, también Unamuno estaría dispuesto a rubricar ese aserto del gran novelista ruso. Y si este último, ante el cuadro del “Cristo muerto”, de Holbein el Joven, escribió: “...un cuadro como éste puede hacer que uno pierda la fe”, también Unamuno, hallándose en Palencia (1913), ante el “Cristo yacente”, del convento de las Madres Clarisas, escribió, como trastornado por la impresión de muerte que esta efigie le produjo, un poema de carácter, quizás, blasfematorio, que termina así:

... y tú, Cristo del cielo,
libranos de este Cristo de la tierra...

Cinco años después, en 1917, se retractaba de este poema y escribía, a modo de palinodia, su magna creación cristológica: **El Cristo de Velázquez**; una obra que, dado su aporte cristológico y su pietismo verdadero, fue calificada por alguien como “el Kempis español”. De hecho, este magno poema religioso constituye una especie de remanso en

medio del torbellino que representan casi todas las creaciones de Unamuno.

Desde otro punto de vista, el de la ideología, **San Manuel Bueno Mártir** viene a ser, como relato, la reconfiguración existencial del ensayo filosófico más reconocido de Unamuno, el titulado “Del sentimiento trágico de la vida” (1912). En él teoriza su autor sobre la angustia del vivir cotidiano. En la novela, sin embargo, va más allá de la teoría, ya que refunde y encarna en un ser humano de extraordinaria significación religiosa, la experiencia de la mencionada angustia. Don Manuel vive, efectivamente, en la “prángxana” espiritual, que diría don Francisco Matos Paoli: en el vacío de toda consolación. Experimenta algo así como una orfandad absoluta y un desabrimiento espiritual insoslayable; o lo que es igual, la desolación y la ausencia de todo consuelo. Sin embargo, no claudica ante el pueblo que le ha sido confiado, sino que carga con la cruz de su incertidumbre, y se convierte en testigo, en “mártir” de la fe, en favor de su grey espiritual. Él sabe que su misión es la de consolar y reconoce, así mismo, que debe hacer obra de salvación. Y la hace:

Yo estoy aquí –declara- para hacer vivir el alma de mis feligreses, para hacerlos felices, para hacerlos que se sueñen inmortales y no para matarlos. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad; con mi verdad no vivirían. Que vivan. Y esto hace la Iglesia: hacerles vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones lo son en la medida en que hacen vivir

espiritualmente a los pueblos que las profesan, en la medida en que los consuelan de haber tenido que nacer para morir. (Unamuno,1981,12)

Así, pues, a su juicio, sea o no verdadera la religión que se predica, no importa; lo que importa es que ayude a sus adeptos a superar las frustraciones, los traumas, los trastornos y las incongruencias del vivir cotidiano. De lo contrario, la incredulidad llevaría a los seres humanos, de forma inexorable, al suicidio psicológico. Y, en punto a creencias, don Manuel opina que es mejor que se crea de más a que se crea de menos. Lo peor de todo, es que no se crea en nada. Una fe, cualquier fe actúa como un puntal de apoyo y como una fuente de esperanza. Tal es su criterio. Y, de acuerdo con él, desarrolla su pastoral. Y como la religión es, a su juicio, el mejor “opio” del pueblo, cuanto más religión se le dé, más lo alejará del fatalismo y de la angustia. Y por eso aconseja y receta ese “opio”. Y cuanto más, mejor. En este sentido, es un pragmatista. Y así, declara:

Opio, opio. Démosle opio al pueblo y que duerma y que sueñe. Yo mismo, con esta mi loca actividad, me estoy administrando opio y no logro dormir bien. ¡Esta horrible pesadilla!...También yo puedo decir con el Maestro: “Mi alma está triste hasta la muerte.” Piensen los hombres y obren los hombres como pensaren y obraren, que se consuelen de haber nacido, que vivan lo más contentos que puedan en la ilusión de que todo tiene una finalidad. (Unamuno, 1981,132-133)

Así, pues, la razón de ser de la religión se cifra según él, tanto o más que en darle una significación trascendente a la vida, en conferirle un sentido terrestre, intrahistórico, práctico, natural, a fin de que el pueblo pueda resolver sus problemas de tejas abajo. O más específicamente aún: en convertir la religión en una terapia, en un fármaco que haga más soportable el hecho de vivir, a fin, sobre todo, de que las gentes se consuelen de haber nacido.

Como puede advertirse, **San Manuel Bueno Mártir** se apuntala, como novela, sobre el pesimismo radical de la existencia humana; un pesimismo tal que, sin el consuelo de la religión, la vida resultaría insoportable. Lo que le mueve, por tanto, a difundirla es, más que nada, el sentimiento de misericordia hacia sus fieles. En virtud de este sentimiento, don Manuel se convierte en un sacerdote profundamente solidario y atento a las necesidades materiales de su feligresía, al tiempo que procura resolverlas. De este modo, su agenda cotidiana se llena de pequeños detalles y de servicios que lo singularizan y enaltecen. Me refiero a servicios tales como el trabajo manual a favor de los más pobres; el reemplazo, a veces, de los mismos en sus tareas; el hecho de estar siempre en el pueblo, hasta el punto de presidir sus bailes en las fiestas y tocar, incluso, en ellas, algún instrumento musical para amenizarlas...Y como éstas, otras tareas incidentales que evidencian que vive en, con, por y para el pueblo, al par que entre ellos. Éste, a su vez, le reciproca con su reconocimiento, con sus atenciones y con su cariño. Ahora bien, el hecho de estar con el pueblo y de sentirse parte de él, lo libera y lo salva de lo que él más teme: la soledad, que es la fuerza que

con más insistencia lo empuja hacia la idea del suicidio.

Por otra parte, aunque duda de la trascendencia de la vida humana, es decir, de la inmortalidad, actúa en todo momento como si tuviese una fe sólida y como si verdaderamente esperase la vida eterna. Y aunque la duda le golpea y le obsede y le abruma de forma pertinaz, no por ello él decae en la acción de su ministerio, sino que éste esplende a toda hora, ayudando así, con su ejemplo, a sostener la piedad de su feligresía, a vivificar su esperanza, y a mantenerla en la idea de que no hay un morir total o para siempre, porque, de lo contrario, nada tendría sentido en este mundo. Por todo ello, don Manuel es para el pueblo un verdadero testigo de la fe cristiana. No es, en modo alguno, un hipócrita. Y no lo es porque él quiere creer, por más que no sienta plenamente la verdad de lo que predica. En este sentido, que es un sentido de testimonio, cabe llamarlo “mártir”. Para el autor de la obra esto es lo que vale realmente. Y vale porque, como sugiere Francisco Martínez Turienzo, Unamuno entiende que “no es la fe lo que hace los mártires, sino que son los mártires los que hacen la fe”. Don Manuel funge, en efecto, como un productor de ésta, y como un propulsor de la misma. Por otra parte, si el ser auténtico de una persona se cifra, según el pensamiento consecutivo de Unamuno, no tanto en lo que ella es, cuanto en lo que quiere ser y en cuanto lo que hace, -criterio pragmático- don Manuel deviene y se convierte en un genuino creyente. Es, de hecho, un cristiano que lleva a costas dos cruces: la bíblico-calderoniana del nacimiento y la teológica de la duda.

Curiosamente, don Manuel representa, como personaje, el

desasosiego más unamuniano y su inquietud más pertinaz: la religiosa. Esta implica en la novela una triple configuración: la del protagonista, la de Jesús de Nazaret y la del propio Unamuno.

Don Manuel se identifica y evoca, como nuevo Cristo, al del Calvario, que es el que grita, desde lo alto del madero, su desamparo más profundo. Cuando él reproducía en el sermón del Viernes Santo, el “¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”, hasta los bancos de la iglesia se sobrecogían, al tiempo que su madre, acurrucada y oculta en un rincón del sagrado recinto, dejaba escapar de sus labios un “¡hijo mío!” tan angustioso que el silencio mismo parecía compungirse con ella.

La reconfiguración jesucristica de don Manuel se percibe, de entrada, en su mismo nombre Manuel -apócope de Emmanuel- que significa “Dios con nosotros”. Esta reconfiguración se manifiesta en todos los elementos que enmarcan su actuación. Éstos, a su vez, se pueden calificar de “evangélicos”. Lo son, al menos, en la medida en que el protagonista funge como un “evangelio” vivo. Así, pues, su diseño espiritual afecta, no sólo al “ethos” y al “pathos” del actante, sino también al “topos”, es decir, al escenario de su acción que es, si bien se analiza, un escenario “palestinizado”, con su lago y su montaña, al igual que el Cafarnaún del Evangelio, con su Genesaret y con su monte Tagba, el de las bienaventuranzas. Por lo tanto, también desde el punto de vista de la topografía, se podría calificar esta novela de evangélica; una novela que, dentro de su brevedad gráfica constituye, por su densidad, un texto

inagotable y, simultáneamente, uno de los más impactantes de la Literatura Española. Un texto cuya inteligencia exige una buena dosis de cultura teológica y de sentido cristiano. Por lo uno y por lo otro, este relato se yergue ante el lector, como un método de “anagnórisis” o auto-reconocimiento, es decir, un texto que lo interpela consecuentemente. Ello es así porque se trata de un manifiesto de profundo antropologismo-cristiano. Su testimonio, sin embargo, no es el de la ortodoxia, sino el de la ortopraxis, que es, sin duda, el lenguaje que mejor entendemos todos. Este testimonio se lleva a cabo en una línea de acción antropocéntrica y humanizante, o sea, centrada en el consuelo y en el auxilio del prójimo. Deviene, por tanto, una acción horizontal teológicamente próxima a la que por los años de 1970 quiso significar el llamado “cristianismo secularizado” que proponían algunos teólogos; un cristianismo liberado de connotaciones “religiosistas” y más próximo, tal vez, al del apóstol Santiago que al de San Pablo. Según éste, y de acuerdo con su **Carta a los romanos**, “el justo vive de la fe”. Sin embargo, para el primer obispo de Jerusalén, la vivencia cristiana se apuntala, más bien, sobre las obras y en ellas se verifica. En este sentido interpela a sus cristianos:

¿Qué le aprovecha, hermanos míos, a uno decir: Yo tengo fe, si no tiene obras? ¿Podrá salvarle la fe? Si el hermano o la hermana están desnudos y carecen de alimento cotidiano, y alguno de vosotros les dijere: “Id en paz, que podáis calentaros y hartaros”, pero no les diereis con qué satisfacer la necesidad de su cuerpo, ¿qué

provecho les vendría? Así también la fe, si no tiene obras es de suyo muerta”. (*Santiago 2, 14-16*)

Además de la configuración jesucristica de don Manuel, esta novela entraña cierta reconfiguración espiritual del autor, don Miguel de Unamuno. A mi juicio, se puede afirmar que recoge el “agón” más existencial de éste en lo relativo a la fe, o sea, a su voluntad de creer y a su lucha íntima que es, sustancialmente, una contienda agónica. En el trasfondo del relato, que funge como una especie de confesión y de memoria, es decir, como literatura de confidencia y de testimonio, se percibe la tendencia recurrente de Unamuno a introducirse en sus textos y a convertirse en personaje de los mismos. Lo hace, prácticamente, en sus escritos más importantes. En **Paz en la guerra** (1895) se autodelinea de algún modo en Pachico Zabalbide; en **Niebla** (1914), su protagonista Augusto Pérez se sale de la novela y va a Salamanca para suplicar a su creador –Unamuno– que no lo “mate” aún, que le deje vivir más. También en **Abel Sánchez** se vislumbran algunos rasgos personales de su autor. Y así, sucesivamente, Unamuno va dejando el rastro de sí mismo en todas sus novelas. En este sentido, cabría afirmar que a él, como novelista, no le interesan más que los personajes, que son todos ellos un tanto “consanguíneos” suyos. Es por esto por lo que sus relatos son tan escuetos, tan abocetados, tan carentes del andamiaje espacio-temporal. Unamuno no presta atención a los contornos exteriores. Le interesan sus “criaturas” por dentro, con el espacio estrictamente necesario para sustentarlas y mantenerlas de pie.

Ahora bien, entre éstas, la figura del sacerdote ostenta una gran relevancia. Unamuno es, acaso, el escritor español que más se ha interesado por el sacerdocio. Quizá ello se deba a su Salamanca en la que a tantos trató, porque le gustaba, en efecto, conversar con ellos. Precursores suyos en el protagonismo sacerdotal de la novelística española de la época fueron, particularmente, dos: Armando Palacio Valdés, en su novela **La fe** (1892), con el Padre Gil como párroco de Peñascosa, y Benito Pérez Galdós, con su **Nazarín** (1895), en Madrid. En el caso de Unamuno, la relevancia del protagonismo sacerdotal tiene una explicación doble: la autobiográfica y la cultural. En cuanto a la primera hay toda una historia: la de “la llamada”, como él mismo la denominó. Porque, en un momento de su vida se creyó realmente llamado al sacerdocio. Además, estaba metido de lleno en el campo de la teología. Ésta constituía para él un tema primordialísimo. Tanto, quizá, como lo era para la Universidad Pontificia. Por eso, su **San Manuel Bueno Mártir** es, en su entraña más honda, un texto teológico salmantino. Respira y transpira la “quididad” -el qué- salmanticense.

Y, al par que salmantino, su **San Manuel Bueno Mártir** es un texto muy familiar. Sospecho que la narradora -Angela Carballino- siluetea, de algún modo, a Concha Lizárraga, la esposa y “madre espiritual” de don Miguel. Sospecho también que “Blasillo el bobo” responde, posiblemente, a los perfiles de “Raimundín”, su hijo hidrocefálico, por el que tanto sufrió. Tiendo igualmente a pensar que Lázaro, el incrédulo hermano de Angela Carballino, puede ser una evocación de su propia juventud atea en Madrid. No hay que hacer ningún

esfuerzo para verlos así. Y, dichas estas cosas, he aquí, a modo de conclusión abierta, cuatro puntos y una pregunta.

Punto 1: Si creer es querer creer, como lo defiende consecutivamente Unamuno, don Manuel, pese a todas sus fluctuaciones, es creyente. Porque, más que con la razón, se cree con el corazón. Lo afirma San Pablo: “Corde creditur ad salutem” (“Con el corazón se cree para la salvación”).

Punto 2: Si la vida eterna se alcanza por las obras –ortopraxis_ más que por la doctrina recta u ortodoxia, don Manuel se halla en el camino correcto de la bienaventuranza eterna. Ya en **Del sentimiento trágico de la vida** (1913) establecía Unamuno que para hacerse acreedor a la inmortalidad había que actuar de tal modo que uno se hiciera digno de ella.

Punto 3: En el prólogo de **San Manuel Bueno Mártir**, escribe Unamuno: “Tengo la conciencia de haber puesto en ella todo mi sentimiento trágico de la vida cotidiana”. (Unamuno, 1968, 2) Pudo haber añadido: ... “de un cristiano”, porque, ortodoxo u heterodoxo, siempre lo quiso ser y lo fue.

Punto 4: Si tener fe significa ser capaz de soportar dudas, don Manuel, aunque se nutre de ellas, se alimenta así mismo del sentimiento y del deseo de inmortalidad, de la que, aunque duda, a veces, aspira a alcanzarla. “Hay que ganar la vida con razón, sin razón o contra ella”, concluye en uno de sus sonetos más reconocidos.

Y ahora la pregunta: ¿Hay hipocresía en don Manuel? ¿Es él lo que parece? ¿Parece lo que no es? ¿Hay dicotomía entre su ser y su obrar? He

aquí en cuatro puntos, un intento de respuesta.

1. La Palabra evangélica dice: “Por los frutos se conoce el árbol”.
2. Don Manuel es un caso típico del vivir humano: de un vivir en crisis y en cruz, como lo es a veces el de algunos intelectuales cristianos.
3. Don Manuel es lo que él hace de sí mismo. Y lo que hace de sí mismo no se llama hipocresía, ni trampa; sino altruismo, misericordia, caridad. Es decir, sentido del prójimo y fe jesucristica. O lo que es igual: ortopraxis.
4. La fe de don Manuel se nutre también de hambre de inmortalidad.

En fin, otra pregunta, a modo de reflexión final: ¿Don Manuel era incrédulo o se creía tal? Oigamos lo que comenta al respecto la narradora, siempre sabia y maternal, al finalizar el relato:

...Y es que creía y creo yo que Dios Nuestro Señor, por no sé qué sagrados y no escudriñaderos designios, les hizo creerse incrédulos. (Se refiere a don Manuel y a Lázaro). Y que acaso, en el acabamiento de su tránsito, se les cayó la venda. (Unamuno,1968,14)

Me interesa, particularmente, esta última frase: “se les cayó la venda”. Me pregunto: ¿Estaba Unamuno en la onda de la teoría teológica de la iluminación en el último instante de la vida? Sospecho que sí. ¿Qué otra cosa puede significar, si no, la metáfora de caérseles la venda?

La teoría de la iluminación en el último trance se basa en el Evangelio de San Juan, en cuyo prólogo se afirma que “Dios ilumina a todo hombre que viene a este mundo”. Los defensores de esta teoría sostienen que el ser humano, inmerso en tantas y tantas perplejidades en su diario vivir, tiene que tener un momento de iluminación especial, en el que pueda adherirse de verdad y libremente a Dios. Estos teólogos entienden que ese momento de iluminación especial se posibilita, sobre todo, en el momento mismo del tránsito de esta vida a la eterna. Uno de los propulsores de esta teoría, el principal, acaso, fue el Padre Getino, coetáneo de Unamuno y residente en el Convento dominico de San Esteban, en Salamanca, convento en el que don Miguel solía visitar al Padre Arintero y en el que conoció, posiblemente, al autor de la mencionada teoría de la iluminación, teoría también de arraigo salmantino. Al fin, pues, de acuerdo con esta teoría y con la metáfora de la caída de la venda, don Manuel salía del túnel de su noche oscura y veía. Es decir, encontraba la luz que siempre fue buscando. El hecho mismo de que Unamuno lo lleve a morir en el interior de la iglesia parroquial, ¿no será un símbolo de que muere en el ámbito de la fe? Es lo que a mi juicio, pretende transmitir Unamuno a su lector.

Referencias:

- Balbuena Pratt, Ángel. *Historia de la literatura española*. España: Editorial Gustavo Gili Prat, 1963. Impreso.
- Unamuno, Miguel, *San Manuel Bueno Mártir*, -----: Cátedra,1981. Impreso.
- San Manuel Bueno Mártir,-----:Alianza Editorial,1968. Impreso.